

□ H. G. Wells titula a su libro: «Experiment in Autobiography: Discoveries and Conclutions of a Very Ordinary Brain». ¿Excesiva humildad?... Los que conocen a Wells íntimamente, dice que se caracteriza por su sencillez, por su falta de pretensión y hasta por un infantilismo casero muy difícilmente exportable desde Inglaterra. «He visto que la vida humana, tal como la conocemos, está formada solamente por materiales dispersos de lo que la vida humana debe ser». Y en este enunciado, un tanto axiomático, Wells se coloca para partir en la explicación de sus descubrimientos, estudios, análisis, creaciones e hipótesis. Wells desea vivir para llegar al cúmulo de su trabajo. Para trabajar más y cumplir con su «major Task». Sesenta y siete años tiene ahora el autor del «Esquema del Porvenir» y busca aún con ahinco, trabajo para poner su parte en la llegada (¿lejana?... ¿imposible?), de lo que él llama en esa autobiografía: «The coming great world of order»... A los que se sonríen o ríen de estas intenciones (Chesterton quizá sea uno de ellos, cuando dice que con tanta ciencia «el cielo está cada día más obscuro y el mar más alto y amenazador»), a los que le reprochan haber aceptado en su vida, principios morales, sociales y religiosos, que combate en principio o que no les parecen satisfactorios, Wells responde: «A veces hay en mi obra objeciones dudosas y furtivas para sistemas que yo he aceptado, al parecer, mi propia vida. Todos mis pensamientos han crecido con las nuevas ideas que esas objeciones me proporcionaron». (2)

Febrero.

□ Decía no sé quién, que hay dos elementos que descomponen en los humanos el sentido de la dignidad y el del pudor: estos elementos son el calor y el mar.

---

(2) Gollancz.

El calor, que hace, entre otras muchas cosas, aumentar la decadencia de la burguesía. No es idea mía, no. Andrés Maurois dice que cada sistema entra en decadencia inevitable desde el día en que pierde sus atributos exteriores. La realeza, desde el día en que el rey, en vez de salir en carroza, salió en landó o en berlina. La burguesía, desde el día en que se extendió el uso de los cuellos flojos, desde que el cuello duro, aquel con el que nuestros padres parecían estar siempre asomados a un pozo, cayó en desuso. El que señala respeta muchísimo a Maurois, sobre todo al revés de sus biografías y de sus ensayos económicos. (¿Me permite usted, señor crítico, que llame ensayo económico a «Chantiers anglais» y otros por el estilo?). Pero no se convence, no, señor, de que sea necesario ir a la playa, ni aun a la oficina, cuando hace calor, con tres o cuatro dedos de almidón ciñendo cerviz y cogote. Ahora bien, Maurois tiene razón en cierto punto. El calor, aunque él no lo haya dicho, destroza el sentido de la dignidad humana. Y si no: ¿Qué es este mes de febrero, en esas playas, antes de llegar a la misma playa?... Camisas sucias, sudores, senos matroniles al aire, y todo, todo ello, mezclado, engurruñado, rozado en una de esas denominadas (oh, irrisión!), góndolas.

Y el mar es el complemento directo. No sólo el mar de las playas veraniegas de febrero, donde crece la marea ante la entrada de un senador robusto o una presidenta benéfica. No sólo en esa desfachatez con que las muchachas, que hace cinco minutos se echaron las faldas hacia abajo, porque les miró Joan de Selvas el tobillo, ahora lucen hasta los límites del limitado traje de baño. No es eso sólo, el motivo del mar, obliterador de la dignidad humana: Es la presunción, el paseo, la exhibición, la tontería, la palabra estúpida, la risa insincera, la pintura superflua, y la aglomeración de mil cuerpos en una playa llena de papeles viejos y latas vacías. Y no queda aquí el mar, para colmo. Decidme: cuando el mar se conmueve y encrespa y se dedica a la danza titánica, ¿hay espectáculo más contrario a la

dignidad humana, que ver a los elegantes pasajeros de primera, cerca de los proletarios pasajeros de tercera, asomados a la borda y obsequiando al mar los regalos que proporcionó, unas horas antes, la madre tierra?...

Febrero, mes del mar y los calores en estas latitudes, es el mes en que peor queda la dignidad humana.—JOAN DE SELVAS.